

70 AÑOS DE DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA: SÍNTESIS PANORÁMICA

70 YEARS OF THE CATHOLIC SOCIAL THOUGHT: A PANORAMIC SYNTHESIS

Ildefonso Camacho Laraña, sj

Resumen: La Doctrina Social de la Iglesia en su sentido más estricto tiene una historia no muy dilatada en el tiempo. El magisterio de la Iglesia se ocupó sistemáticamente de los problemas sociales sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Pero en este siglo y medio transcurrido la evolución a la que asistimos ha sido considerable, y eso la hace más rica. Al tiempo que obliga a leer cada documento con más atención. Esta lectura permite descubrir el esfuerzo realizado para responder a los problemas particulares de cada momento histórico. Además, el análisis de los textos revela cómo la personalidad de los seis papas que ocupan cuando este periodo de 70 años ha dejado su impronta en cuanto escribieron. Por último, no puede ignorarse que el Concilio Vaticano II constituyó un acontecimiento que llevó a una reorientación de toda la Doctrina Social a partir de una forma nueva de entender la presencia de la Iglesia en la sociedad.

Abstract: The Catholic Social Thought, in its strictest sense, has a history that is not very long. The Church's magisterium began systematically addressing social issues, especially from the second half of the 19th century. However, in this century and a half that has passed, the evolution we have witnessed has been considerable, which makes it richer, while also requiring a more attentive reading of each document. This reading allows us to discover the effort made to respond to the specific problems of each historical moment. Furthermore, the analysis of the texts reveals how the personality of the six popes who occupied the papacy during this 70-year period left their mark on what they wrote. Finally, it cannot be ignored that the Second Vatican Council was an event that led to a reorientation of the entire Social Thought, based on a new way of understanding the Church's presence in society.

Palabras clave: Doctrina Social de la Iglesia, Vaticano II, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI, Juan Pablo II, Benedicto XVI, Francisco

Key words: Catholic Social Teaching, Vatican II, Pius XII, John XXIII, Paul VI, John Paul II, Benedict XVI, Francis

Fecha de recepción: 28 de noviembre de 2024

Fecha de aceptación y versión final: 08 de diciembre de 2024

Según una tradición oral, que no puedo confirmar con fuentes escritas, un gran teólogo francés decía a sus alumnos que el estudio de la historia nos protege del “monofisismo eclesiológico”, es decir, de una concepción demasiado

angelical de la Iglesia, de una Iglesia que no es real porque no tiene manchas ni arrugas. Y a la Iglesia, como a una madre, hay que amarla tal como es; si no, no la amamos en absoluto, o amamos solo un fantasma de nuestra imaginación [Francisco, Carta sobre la renovación del estudio de la historia de la Iglesia, 21 noviembre 2024].

He añadido como subtítulo “Síntesis panorámica” para expresar la intención de estas páginas. Es imposible entrar en todos los detalles que uno desearía. Tampoco cabe sembrar estas páginas de citas bibliográficas, aunque esto no esté bien visto en muchos ambientes científicos contemporáneos. Una *síntesis panorámica* es lo que va quedando como condensado de muchas lecturas (también de muchas horas de docencia, y de su preparación), en la medida en que todo va siendo digerido y asimilado (también filtrado) por el que hace la síntesis. Por tanto, en el resultado final habrá un toque personal que siempre podrá discutirse o matizarse. Frente a esta innegable limitación está el hecho positivo de que una visión panorámica ofrece un escenario que ayudará a situar muchos hechos o documentos particulares, los cuales se analizan a veces de una forma tan descontextualizada que apenas si se llegan a conocer superficialmente. Valga aquí aquello de que ojalá los árboles no nos impidan ver el bosque...

Tras esta observación preliminar, que aclara la intención de las páginas que siguen, hagamos una primera aproximación al periodo que se pretende conmemorar: los 70 años que nos separan de 1954. Por aquel entonces la humanidad estaba viviendo todavía la reconstrucción que siguió a la Segunda Guerra Mundial. Desde entonces para acá todo ha cambiado tanto que se hace conveniente trazar una panorámica histórica para situar cómo se ha desarrollado la Doctrina Social de la Iglesia (en adelante, DSI) a lo largo de siete décadas.

0. Un mundo en rápida evolución

El mundo que se va reconstruyendo en 1954 lo hace en el marco de una cuádruple coordinada: un desarrollo económico que se prolonga inercialmente aprovechando la dinámica que se inició para la reconstrucción de los muchos territorios devastados por la contienda bélica; una consolidación del modelo político democrático, como lección aprendida tras la dramática experiencia de los totalitarismos (incluso los países comunistas querrán de algún modo remedarlo); los procesos de descolonización de muchos territorios hasta entonces dependientes de países europeos; las expectativas de que el desarrollo pueda llegar finalmente a todos los pueblos, incluso a los que acaban de alcanzar su independencia.

Esta sociedad mundial busca en la *Organización de las Naciones Unidas* (nacida en 1945) un instrumento, no solo para evitar nuevas guerras, sino para construir un mundo más equilibrado donde no solo impere el poder del más fuerte. La *Declaración Universal de los Derechos Humanos* (10 diciembre 1948) nace como un marco normativo para la convivencia mundial. Al mismo tiempo, y paradójicamente, el mundo se estructura en torno a dos grandes potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, exponentes supremos de las dos ideologías dominantes, el liberalismo y el marxismo,

y su plasmación en el sistema liberal capitalista y en el sistema colectivista marxista. Se configura así un mundo dividido en dos bloques, donde las dos grandes potencias buscan incrementar su ámbito de influencia al tiempo que se embarcan en una alocada carrera armamentista con efectos principalmente disuasorios. Entretanto va tomando forma un tercer bloque de países que se resisten a tener que integrarse en un bloque u otro (el Tercer Mundo).

Esta primera etapa, marcada por un cierto optimismo, va a verse sorprendida por los primeros síntomas de una crisis, que estallará ya a mediados de los años 1970, crisis inicialmente económica pero que terminará debilitando también a las estructuras políticas. Uno de sus efectos más importantes es la caída de los regímenes colectivistas de Europa (1989). La desaparición del bloque soviético y la desintegración de la Unión Soviética modifican esencialmente el escenario mundial. Algunos piensan que el sistema liberal capitalista ha terminado por imponerse definitivamente, lo que algunos como Francis Fukuyama, interpretan como el final de la historia.

Pero la historia no concluye tan fácilmente. Se va a iniciar una nueva etapa marcada por globalización. Más bien un proceso: progresiva integración, en primer lugar, de los mercados (globalización económica); como consecuencia, cierto debilitamiento del poder de los Estados cuyas fronteras territoriales se difuminan y se hacen cada vez más permeables (globalización política). El desarrollo espectacular de las tecnologías de la información y las comunicaciones no solo facilita la movilidad física y los contactos a distancia, sino que tiende a promover una cultura cada vez más homogeneizada (globalización cultural).

El mundo *bipolar*, resultado de la Segunda Guerra, tiende ahora a reorganizarse convirtiéndose en *multipolar*. Junto a Estados Unidos emerge China, mientras que la Unión Europea en proceso de construcción tiende a convertirse en tercer polo de referencia. Al mismo tiempo otros países emergentes quieren también sentarse en esta mesa de los grandes: India, Brasil, Rusia entre ellos. Este mundo multipolar busca permanentemente fórmulas de equilibrio a través de acuerdos y alianzas. La ONU, que empieza a adquirir un protagonismo nuevo al no estar ya atenazada por el bloqueo a que la sometían las dos grandes potencias hasta 1989, comienza también a resentirse porque su estructura organizativa no responde ya a la nueva configuración del planeta. Eso le hace perder eficacia y capacidad de acción.

Pero el proceso de globalización se ve truncado con la nueva crisis económica de los años 2007 y 2008, que puede ser interpretada como la consecuencia de los excesos de la integración y liberalización de los mercados, especialmente de los mercados financieros. Ahora la reacción —y es la etapa en que nos encontramos— puede calificarse de un cierto cansancio globalizador y de una progresiva desintegración de aquellas tendencias integradoras. Los intereses particulares de cada país y de cada gobierno obstaculizan el espíritu de cooperación de tiempos pasados. La crisis del sistema político democrático, que afecta a casi todos los países del globo, es una manifestación más, ahora a escala nacional, de un mundo donde renace el individualismo y se ve dominado por un espíritu de competencia despiadada donde cada uno busca, por encima de todo, hacer prosperar sus propios intereses, sean estatales, locales o sectoriales.

Esto ocurre además cuando se acentúa la conciencia de que los recursos de que dispone la humanidad no son ya infinitos en relación con las necesidades de esta.

Ello hace inviable cualquier propuesta de universalizar el modelo de desarrollo que ha sido dominante durante décadas y obliga a plantear un modelo alternativo. El cambio climático no viene sino a confirmar la urgencia de acabar con las inercias consumistas y depredadoras de otros tiempos.

La conciencia de que somos vulnerables se agudiza. El terrorismo, como enemigo sin rostro, amenaza a todos e incrementa la inseguridad. Las guerras recientes en Ucrania y en Gaza ponen de manifiesto cómo el poder no se atiene ya al respeto de las normas elementales del Derecho internacional. Un nuevo motivo de inseguridad, que se hace más dramático ante la amenaza de una guerra nuclear.

Para no dar una visión totalmente pesimista del momento actual apuntemos algunos horizontes esperanzadores que empiezan a tomar cuerpo. Ante todo, asistimos a una creciente sensibilización en relación con la naturaleza: esta ha dejado de ser considerada como territorio a conquistar y someter para convertirse en casa común a cuidar entre todos. El debilitamiento del Estado y la crisis de la democracia están propiciando un redescubrimiento de la sociedad civil, que acabe con la contraposición ficticia entre lo público, que es competencia solo de los poderes estatales, y lo privado, como ámbito de los intereses puramente particulares. Cabe que en la sociedad surjan iniciativas no solo relacionadas con esos intereses particulares de grupo, sino orientadas a promover los intereses generales o los de aquellos sectores más desfavorecidos. Cuidado de la casa común y robustecimiento de la sociedad civil son procesos que van adquiriendo fuerza, aunque todavía insuficientes para hacer frente a los desafíos a que nos enfrentamos.

1. La Doctrina Social de la Iglesia: algunas claves de su desarrollo

A pesar de lo que el término *doctrina* sugiere al menos en la tradición de la Iglesia (algo que tiende a ser inmutable e imperecedero), el pensamiento social cristiano tiene un carácter mucho más dinámico, como puede comprobarse en su evolución a lo largo de estos 70 años. Como claves para comprender mejor dicha evolución señalamos cinco.

1ª) La DSI avanza al ritmo de circunstancias históricas que son cambiantes. Cada documento tiene un contexto que hay que conocer porque los textos siempre pretenden responder a problemas concretos del momento. Eso limita el valor de dichos textos (una afirmación hecha en un momento no puede sin más aplicarse a cualquier otro), pero le da al mismo tiempo una concreción mayor y le exige un compromiso más efectivo. No es posible mantenerse solo en los grandes principios sin descender a la realidad particular.

En este sentido hay que manejar con cuidado los enquiridiones o colecciones de textos. La yuxtaposición que se hace en ellos de afirmaciones, sin tener en cuenta el contexto en que cada una de ellas fue realizada, puede conducir a síntesis engañosas que hacen equivalentes textos que no lo son.

2ª) El avance de la DSI se da, no por yuxtaposición de nuevos temas, sino como remodelación del conjunto. Es verdad que van apareciendo temas nuevos. Es el

caso de la participación del trabajador en la empresa o el del desarrollo de los pueblos en los años 1960; o más recientemente el de la ecología. Sería empobrecedor considerar que estos temas se añaden como capítulos nuevos a un libro que ya está escrito. Más bien habría que hablar de una remodelación del conjunto, como si el interés nuevo por una determinada problemática obligara a repensar todo lo que se había previamente elaborado. En este sentido, los textos antiguos no carecen de valor, aunque no puedan aplicarse indistintamente a cualquier momento: en realidad, ayudan a comprender mejor un pensamiento que es esencialmente vivo.

3ª) En la DSI se ha producido un avance en el diálogo con el mundo moderno. La DSI nació en el siglo XIX y se desarrolló en sus primeros tiempos dentro de un ambiente esencialmente polémico, donde dominaba la preocupación por rechazar opiniones inaceptables para la Iglesia. El ambiente era de claro desencuentro con la cultura moderna y aquella mentalidad que comenzó a generarse en los siglos XIV y XV. El choque se produce en ámbitos distintos, pero relacionados: la forma de organizar la economía, la política y la sociedad en general. En el siglo XX asistimos ya a una búsqueda de entendimiento, que se hará efectiva en el Concilio Vaticano II. Este puede ser considerado como el momento de la reconciliación oficial de la Iglesia con esa cultura que le ha obligado a replantear su propio lugar en la sociedad y la forma de llevar a cabo su misión. Es el paso de una Iglesia de cristiandad a una Iglesia que vive en un mundo secular y pluralista. No es que acepte sin más todo lo nuevo, pero sí asume al hombre moderno como el interlocutor real de su mensaje.

4ª) La DSI se hace más explícitamente teológica, no tan limitada a una ética del derecho natural. Durante décadas los documentos pontificios mantuvieron un tipo de discurso anclado en una filosofía natural, con referencias escasas y secundarias a textos bíblicos (se utilizaban para ilustrar, más que para fundamentar). Se prefería el derecho natural, como buscando un lenguaje que pudiera ser entendido por todos aquellos que se alejaban de la tradición cristiana. No se olvide que la DSI nace en un contexto muy polémico frente al liberalismo y al marxismo. La autoridad eclesiástica se presenta como la intérprete autorizada de esta ética natural. Pero esa tendencia sufrirá un giro importante en la medida en que comienza a frecuentarse más la reflexión explícitamente teológica, lo que supone un cambio en la manera de entender el papel que corresponde a la Iglesia en la sociedad moderna: ya no de instancia suprema universal, a la que deben reconocer todos, sino la de una comunidad que quiere hacer presente su mensaje en una sociedad pluralista.

5ª) La DSI pasa a entenderse progresivamente dentro de la misión evangelizadora de la Iglesia. Tradicionalmente la DSI se había desarrollado como una parcela aislada en la actividad de la Iglesia: se ocupaba de cuestiones que iban adquiriendo una relevancia cada vez mayor como consecuencia de las nuevas formas de organización de las sociedades nacidas de la modernidad; pero se interesaban en ellas solo grupos muy reducidos, aunque de creciente influjo social, entre los católicos. Como *doctrina*, sus textos servían para iluminar a quienes estaban implicados en estos ámbitos extraeclesiales. Esta visión tan restringida irá evolucionando a medida que adquieren más relevancia: la acción de los católicos en estos campos, la autonomía de los laicos en su

compromiso como ciudadanos, el pluralismo de nuestras sociedades. Todo ello tiende a integrarse en una visión renovada de la Iglesia, menos entendida como jerarquía y más como pueblo de Dios, en la que la misión no es tarea de unos pocos (sacerdotes, religiosos...) sino responsabilidad de todos.

2. La Doctrina Social de la Iglesia: un recorrido histórico

Las cinco claves que acabamos de exponer nos ayudarán para adentrarnos en las aportaciones de los seis papas que han ocupado estos 70 años (prescindimos de Juan Pablo I por razones obvias) y del Concilio Vaticano II. El acontecimiento conciliar marca un antes y un después en la DSI, como tendremos ocasión de ver. Pero la aportación de cada uno de estos seis papas supone un enriquecimiento indiscutible. El espacio disponible nos obliga a ceñirnos a las intervenciones pontificias. Valgan como exponente de un proceso que se sustenta en la actividad de toda la Iglesia y en sus esfuerzos por hacerse presente en la sociedad.

2.1. Pío XII (1939-1958)

Su pontificado, bastante largo, ocupa breve espacio en el periodo que estamos estudiando. Se justifica el abordarlo aquí, no solo por la figura de Pío XII y sus muchas intervenciones en temas sociales: nos servirá también como contrapunto para entender mejor los cambios que irán produciéndose después de él, impulsados sobre todo por el Concilio.

La Segunda Guerra Mundial, que coincide con los primeros años de su pontificado, dejará un eco indiscutible en la doctrina que desarrolló. Haciendo gala de la neutralidad, que ya marcó a Benedicto XV cuando el primer conflicto mundial, buscó formas para llegar a la paz mediante contactos y negociaciones. Son importantes los radiomensajes navideños de los años de la guerra, a través de los cuales va configurando una doctrina sobre la que construir la paz superando la deriva totalitarista, tan decisiva para el desencadenamiento de la contienda en curso. Sí se quiere evitar el depender en todo de la voluntad del soberano, es preciso recurrir a una instancia que esté por encima de él. Esa no es otra sino la ley divina y su proyección en la ley natural, de la que la Iglesia se considera garante legitimado e intérprete seguro. Esta última instancia normativa es la que debe inspirar el orden jurídico que ha de regular la convivencia dentro de cada país y entre todos ellos en la comunidad mundial. En este sentido, Pío XII hace una clara apuesta por la *democracia*, la primera en un documento oficial de la Iglesia: quiebra así la resistencia que arrastraba la tradición de la Iglesia. Este giro conlleva un cambio en la forma de entender la palabra misma: en épocas anteriores *democracia* se había identificado con gobierno del pueblo, pero un gobierno que tendía a la desorganización y a la anarquía; para Pío XII *democracia* es lo opuesto al totalitarismo: subordinación de todos los ciudadanos, incluido los poderes públicos, a una instancia ética y jurídica que está por encima de ellos. No desciende, en cambio, a determinar cómo organizarla o cómo entender la participación.

La intuición fundamental de la doctrina política de Pío XII está en línea con el movimiento que dio lugar a la creación de la ONU cuando la guerra todavía no había concluido: la organización nació para establecer un marco de convivencia política entre las naciones y dentro de cada una de ellas. Para ello el primer paso fue la Declaración Universal de los Derechos Humanos (1948). En este sentido es paradójico, pero también sintomático, que Pío XII nunca mencionara ni a la ONU ni a su Declaración de 1948. Y no es porque se opusiera a los derechos humanos, sino probablemente porque consideraba insuficiente que estos solo tuvieran fundamentación el haber sido aprobados por los Estados miembros, sin mencionar una ley superior. Pero esta era la única salida posible en un mundo cada vez más plural y secularizado.

El pontificado de Pío XII se verá muy marcado por un doble hecho: la creciente secularización y el avance del comunismo. La secularización, que gana terreno con rapidez especialmente en Europa, obliga a buscar nuevas formas de presencia de la Iglesia en la sociedad. Ahora se van a orientar de un modo distinto: mediante a la implicación de los católicos en los distintos ambientes. Para dar consistencia y seguridad a este compromiso se fomentan las instituciones confesionales, comenzando por la Democracia Cristiana, superadas las reservas que este movimiento había desencadenado en la curia vaticana en toda la primera mitad del siglo XX. Igualmente se hablará de sindicatos cristianos y de otras organizaciones confesionales. Con una condición: que todas esas organizaciones estén bajo control de las autoridades jerárquicas y sigan sus directrices. El laicado se moviliza, pero apenas se le reconoce alguna autonomía.

Este estímulo al compromiso político de los cristianos hay que relacionarlo con la necesidad de hacer frente al comunismo, que se ha impuesto en distintos países de la Europa central y oriental y avanza con fuerza en la occidental. La amenaza del comunismo se acrecienta ante las tendencias de su política, abiertamente atea y anticristiana. Si ya había sido condenado por Pío XI en 1937 con la encíclica *Divini Redemptoris*, Pío XII dará un paso más al excomulgar como apóstatas de la fe a los católicos que profesaran el “comunismo, materialista y anticristiano”. Hasta ahora se habían rechazado *doctrinas*; ahora se rechazan a las *personas* que las profesan.

En resumen, Pío XII da pasos de interés en el terreno doctrinal, buscando una Iglesia más cohesionada, aunque con actitudes de corte más bien defensivo. Su figura —una personalidad de talante intelectual, pero reservada y hasta distante— podía ser buen reclamo para reforzar la unidad de la Iglesia en un mundo hostil y vivido como amenaza, que no tenía más salida que volver al camino del que se había desviado, el que le ofrece la Iglesia.

2.2. Juan XXIII (1958-1963)

La obra de este papa, que fue considerado en un primer momento como “un papa de transición”, fue la convocatoria de un nuevo concilio ecuménico, cuando ya algunos lo habían considerado algo innecesario desde que el Vaticano I definiera la infalibilidad pontificia. Pero no fue esta su única obra. También fue valiosa su contribución a la DSI. Lo hizo con dos encíclicas: una, sobre el reciente desarrollo de la cuestión social (*Mater et magistra*, 1961); la otra, sobre la paz entre los pueblos (*Pacem in terris*,

1963). La primera se sitúa en continuidad con los documentos clásicos que arrancaron en 1891 con *Rerum novarum* (León XIII), pero abriendo perspectivas novedosas; la segunda inicia un camino inexplorado hasta ahora en la DSI. Ambas pueden considerarse ya como precursoras del Concilio.

Mater et magistra podría parecer, a primera vista, en estrecha continuidad con los documentos clásicos de León XIII y Pío XI. Y es cierto que aborda cuestiones ya tratadas por sus predecesores (fundamentalmente en torno a trabajo y propiedad). Pero el enfoque ahora será distinto: más propositivo que crítico. Nunca puede olvidarse que la DSI nació y quedó muy marcada en su primer desarrollo por el conflicto entre las dos grandes ideologías del mundo moderno industrial: el liberalismo, alma del capitalismo, y el marxismo, inspirador de los modelos colectivistas y socialistas. La DSI había buscado siempre distanciarse de ambas. Juan XXIII comprende que no conviene quedarse en los planteamientos fuertemente polémicos del siglo XIX y primera mitad del XX. Cuando contempla la evolución de la economía toma conciencia de que el capitalismo ha entrado en una fase distinta y el socialismo comienza en parte a desvincularse de la ideología marxista. Por eso la propuesta de *Mater et magistra* es la de un *sistema mixto*, donde Estado y sociedad se complementen: ni todo dejado a la iniciativa privada, ni todo intervenido por el Estado. Este modelo mixto (el llamado *Estado social*) se va imponiendo en diferentes países, aunque con ritmos distintos que dependen de circunstancias políticas, culturales, económicas. En el fondo, en todas sus modalidades coexisten las huellas de las dos ideologías que, a nivel de principios, fueron siempre tan inconciliables. La ideología, no en el sentido peyorativo (de herencia marxista) sino como cosmovisión, juega un papel decisivo en la configuración de las sociedades, pero siempre se aplican, no en su puridad teórica, sino adaptándose a las circunstancias de lugares y tiempos. El enfoque que llamábamos *propositivo* de Juan XXIII rehúye el terreno de la contraposición ideológica y opta por el más realista de los modelos prácticos.

Mater et magistra es significativa todavía en otra línea: la de superar la problemática propia del mundo industrial, el del conflicto capital-trabajo, para abrirse a la problemática más general de las muchas manifestaciones de la desigualdad en el mundo. Porque esta no siempre tiene su origen en el conflicto citado cuando se manifiesta entre distintos sectores económicos, distintas regiones o, sobre todo, distintos países. Emerge aquí el tema del *desarrollo de los pueblos*. Juan XXIII, más que entrar en el análisis de sus causas, denuncia las diferencias económicas y sus efectos sociales. Hay una sensibilidad nueva, que se abrirá camino a partir de este momento. No se olvide que la cuestión del desarrollo ha surgido con toda su fuerza a raíz de los procesos de descolonización posteriores a la Segunda Guerra Mundial y es aspiración poderosa de los países más retrasados, entre los que se encuentran los que acaban de alcanzar su autonomía política.

Pacem in terris puede ser considerada en la línea de los esfuerzos de Pío XII por diseñar un orden político capaz de garantizar una convivencia pacífica, lejos de las aventuras totalitarias tan recientes. Pero Juan XXIII ofrece, no reflexiones parciales en distintas intervenciones, sino una propuesta unitaria, que tiene como base la dignidad de la persona humana y los derechos que de ahí derivan. Los derechos humanos constituyen los cimientos sobre los que edificar todo orden de convivencia: entre personas, dentro de cada comunidad política, entre Estados, en la comunidad mundial.

Juan XXIII se adelanta a lo que ya a fines del siglo XX se conocerá como *globalización*. Él habla de *interdependencia*, una realidad que lleva a tomar conciencia de que vivimos en una única comunidad de todos los seres humanos y que requiere también ser organizada para que no domine en ella la voluntad de los más fuertes.

Este universalismo de *Pacem in terris* queda patente también en otro aspecto: esta encíclica será el primer documento oficial de la Iglesia dirigido expresamente no solo a sus miembros, sino “a todos los hombres de buena voluntad”. En este mundo interdependiente hay que contar con todos, los que pertenecen a la Iglesia y todos los demás. Juan XXIII pretende, no imponer una doctrina, como hicieron sus predecesores, sino invitar a todos los hombres de buena voluntad en la construcción de la paz. Porque —y este es otro mensaje de la encíclica— la paz no es una situación poseída, sino una tarea permanente.

En este mundo plural —una última novedad de la encíclica— hay que replantear el papel que corresponde a los cristianos. Ya no pueden vivir solo cerrando filas frente a un mundo hostil, Juan XXIII quiere que se abran a la colaboración. Y la colaboración implica trabajar con personas que no pueden ser consideradas solo por la ideología que profesen. La existencia cotidiana, vivida codo con codo junto a personas de muy distintas convicciones, ofrece oportunidades que hay que saber aprovechar. El tiempo de las instituciones confesionales parece que está llegando a su final, al menos como única opción para la presencia de los creyentes en sociedades plurales. Juan XXIII había llegado a esta convicción después de sus experiencias en la carrera diplomática por ambientes tan distintos como Sofía, Estambul o París: en ellos había experimentado de cerca al mundo ortodoxo, al mundo islámico, a la sociedad crecientemente secular de Centroeuropa. En estas tierras germinó, muy probablemente, la idea de un nuevo concilio de la Iglesia universal.

2.3. Concilio Vaticano II (1962-1965)

El Vaticano II fue un acontecimiento de enorme alcance, que no podemos estudiar aquí en profundidad. Nos quedamos con lo que supuso para la DSI, que no fue poco: puso las bases para una *nueva orientación* de esta.

En la preparación del Concilio y en su mismo desarrollo había un deseo manifiesto de dar respuesta a los grandes interrogantes que, en aquellos tiempos, inquietaban a toda la familia humana. Ahora bien, la dinámica interna del Concilio llevó a plantear una cuestión cada vez más acuciante en las difíciles relaciones con la modernidad: ¿con qué autoridad se pronunciaba la Iglesia sobre estos problemas? ¿quién era ella para hacerlo? No faltaban quienes le cuestionaban esta función.

El Concilio va a suponer una voluntad decidida de *reconciliación* con ese mundo al que muchos en la Iglesia tenían por irremisiblemente perdido. En este sentido puede hablarse del Concilio como *acontecimiento eclesial*, más que solo como un conjunto de documentos aprobados; y estos habrán de ser interpretados desde este espíritu nuevo. Se estaba saliendo de un túnel, que había privado de muchas perspectivas, y recuperando un horizonte más amplio. Habían sido dos siglos de repliegue sobre sí misma, a la defensiva ante una situación de asedio.

Esta situación había incluso empobrecido la visión de la Iglesia, contemplada solo desde su confrontación con los Estados contemporáneos. Por eso la actualización promovida por Juan XXIII (*aggiornamento*) fue leída por otros como vuelta a las fuentes (*ressourcement*), a una tradición anterior, porque en este tiempo de conflictos la Iglesia había dado prioridad a la reivindicación de su autonomía e independencia frente a los poderes públicos.

Todo esto se tradujo en un enorme esfuerzo por reformular la imagen de la Iglesia. El punto de partida fueron los borradores ofrecidos a los padres al iniciarse la asamblea. En ellos la iglesia aparecía definida: 1º) como *sociedad perfecta y jerárquicamente constituida* (subrayando así su autonomía frente a los Estados y la división sustancial entre sus miembros); 2º) como *Cuerpo místico de Cristo* (de acuerdo con la encíclica de Pío XII *Mystici Corporis Christi*, que, en 1943, había intervenido para fijar un equilibrio entre la visibilidad y la invisibilidad en la Iglesia). Estas dos categorías, cuyo valor en ningún momento se quiso negar, no parecían ya suficientes para comprender a la Iglesia en las coordenadas del momento.

El proceso que llevó hasta la aprobación de la constitución dogmática *Lumen gentium* recurrió a otras dos categorías con un amplio arraigo en la tradición más antigua. En primer lugar, la Iglesia es *Pueblo de Dios*: la comunidad de los llamados por Dios que comparten una vocación común (antes de quedar distribuidos en grados o funciones) y que viven como pueblo peregrino en medio de otros pueblos. En segundo lugar, la Iglesia es *sacramento de salvación*: “la Iglesia es en Cristo como un sacramento o señal e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (*Lumen Gentium*, 1). En esta escueta fórmula, con que se abre la constitución, la esencia de la Iglesia se expresa en clave de *misión*: ser testigo en medio de esta sociedad, cada vez más cerrada a Dios y con frecuentes conflictos entre los pueblos, de que es posible abrirse a la trascendencia y llegar a vivir como hermanos.

Entender la condición cristiana como misión y presencia, y no ya solo como pertenencia a un colectivo que vive cerrado sobre sí mismo, es un giro trascendental que implica otro modo de situarse la Iglesia en este mundo nuevo: no puede ni debe renunciar a su misión, pero ha de revisar la manera de realizarlo. Ya no será todo tarea de los clérigos, puesto que son en primer lugar los laicos los que viven más directamente inmersos en la sociedad. La DSI se va a entender ya no solo como doctrina, sino como estímulo y luz para esta nueva presencia de los cristianos.

La relación de la Iglesia con la sociedad no se centrará ya en una autoridad que marca pautas a todos los ciudadanos para la vida personal y la organización de la sociedad. De ahí que la DSI tenga que repensar, más que sus contenidos (que también tendrán que evolucionar al hilo de lo que ocurre en el mundo), en sus formas de elaborarlos y difundirlos. La DSI no seguiría siendo solo para un pequeño grupo de expertos o de personas más socialmente comprometidas, mientras la Iglesia se ocupa casi exclusivamente de atender a sus miembros: ahora pasará a ser un instrumento para todo cristiano inmerso en el mundo.

Aparte de esta *nueva orientación*, la DSI se vio enriquecida también en sus *contenidos*. Hay que leer para convencerse la segunda parte de la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo (*Gaudium et spes*). Al hablar de la *cultura* (capítulo 2º) la Iglesia explora nuevos modos de relación con esta mentalidad nueva, pero también con

la pluralidad de culturas existentes. Al hablar de la *vida socioeconómica* (capítulo 3º) aparece una nueva categoría (*desarrollo*) que servirá para reorientar toda la economía: ponerse al servicio de un *desarrollo integral y solidario*, de *toda la persona humana* (no solo del crecimiento económico) y *de todos los pueblos* (acabando con las desigualdades arrastradas). Al hablar de la *política* (capítulo 4º) hay que reformular su papel en sociedades seculares y plurales, donde tanto los cristianos como la institución eclesial tienen que encontrar su lugar adecuado. Al hablar de la *comunidad internacional* (capítulo 5º) hay que poner las bases para acabar con la guerra y con todo lo que aumenta sus efectos perniciosos (carrera armamentista, por ejemplo), y emprender además decididamente la construcción de la paz a través de una organización mundial que englobe a todos los países y les garantice una convivencia pacífica.

2.4. Pablo VI (1963-1978)

La gran tarea de su pontificado fue concluir el Concilio y ponerlo en práctica después. Lo hizo con entusiasmo, siguiendo de cerca el espíritu de Juan XXIII, aunque en sus últimos años se le notara abrumado ante los problemas que se iban generando.

Por lo que respecta a la DSI, Pablo VI publicó dos documentos importantes (una encíclica y una carta). En su pontificado se celebraron además dos sínodos (que abordaron, respectivamente, la justicia en el mundo y la evangelización). Y no puede olvidarse la encíclica inaugural de su pontificado (sobre el diálogo).

Ecclesiam suam se publicó cuando estaba para comenzar la tercera etapa del Concilio (6 agosto 1964). Su título: *Sobre los caminos que la Iglesia católica debe seguir en la actualidad para cumplir su misión*. Se señalan tres: conciencia de su propia naturaleza, renovación, diálogo. En realidad, es todo un programa para el Concilio todavía en curso. El papa quiere respetar a la asamblea en las conclusiones a que debe llegar sobre los temas que tiene por delante, pero les propone estas líneas de fondo o directrices para el trabajo pendiente. Insiste en el *diálogo*, diálogo con el mundo contemporáneo. Cuando leemos en la encíclica que “el diálogo debe caracterizar nuestro oficio apostólico” (n. 27), intuimos que algo que rompe con el pasado se está proponiendo aquí, aunque se diga con toda la delicadeza que caracterizó a Pablo VI. La propuesta está muy en sintonía con su talante de hombre humanista, abierto a las nuevas corrientes, gracias también a su vasta cultura. Esta forma de ser explica quizás que, después de 30 años trabajando en la curia vaticana, fuera alejado de aquel ambiente tan disciplinado y obediente a Pío XII. Entre las personas que influyeron en Giovanni Battista Montini se cuenta Jacques Maritain, con quien mantuvo una estrecha amistad. Siguió de cerca a los grupos inspirados por su filosofía que buscaban formas nuevas de presencia en un mundo que las estaba a todas luces exigiendo.

Poco después de concluido el Concilio hizo pública una encíclica social, la primera dedicada a un tema de tanta actualidad: *Populorum progressio, sobre la necesidad de promover el desarrollo de los pueblos* (1967). Con ella la DSI se abre a una universalidad de la que hasta entonces había carecido, al haberse mantenido demasiado condicionada por la problemática del mundo industrializado del Norte. Ahora se quiere definir en qué consiste un auténtico desarrollo: “el paso para todos y cada uno de condiciones de

vida menos humanas a condiciones más humanas” (n. 20). Se sale al paso así de aquella versión tan economicista que dominaba entonces, para sustituirla por esta más humanista: a través de él la persona humana llega a su máxima profundidad, cultivando todas sus dimensiones hasta abrirse a la trascendencia y al Dios que se revela en Jesucristo. Este desarrollo debe llegar además a todos los pueblos, y es tarea de todos, no solo de los que aún no lo han alcanzado. En esta propuesta, que invoca la solidaridad de todos, no falta la denuncia de que el subdesarrollo de unos puede ser la condición para que otros se desarrollen a través de los complejos mecanismos del comercio internacional.

Un hecho que perturbó el pontificado de Pablo VI fue la publicación de la encíclica sobre la regulación de la natalidad (*Humanae vitae*, 1968). Al margen de las respuestas concretas que se dieron a un tema entonces tan candente, la polémica que estalló llevó a cuestionar nuevamente la autoridad de la Iglesia para pronunciarse sobre cuestiones profanas. Quizá esto explica que su segundo gran documento social adoptara la fórmula más modesta de *carta*: fue la carta apostólica *Octogesima adveniens* (1971). Pasó bastante desapercibida a pesar de los avances que contenía, o precisamente por eso... La problemática contemplada es ahora otra: la de las sociedades pluralistas. Pablo VI apremia a los creyentes a colaborar en la construcción de una auténtica democracia, y acepta que en ello es inevitable la coexistencia con distintas corrientes de pensamiento y cosmovisiones. Y puesto que las grandes ideologías del momento (liberalismo y socialismo-marxismo) siguen siendo difíciles de conciliar con una visión cristiana de la persona y de la sociedad, el cristiano debe discernir su grado de compromiso con personas que se inspiran en ellas. No se excluye, por tanto, la adhesión a grupos o partidos inspirados por esas ideologías. Un paso más frente a la estrategia anterior de instituciones confesionales.

Octogesima adveniens se dirige a cristianos a los que se considera, no solo ejecutores obedientes de directrices venidas de arriba, porque son capaces de asumir responsabilidades personales, que no son sin más universalizables. Es más, se propone que la función doctrinal de la jerarquía eclesiástica se complemente con una función pastoral de animación de las comunidades: es la vía para buscar, a través del discernimiento, respuestas concretas a los problemas particulares que encuentran en sus propios ambientes. Estamos pensando en una Iglesia toda ella activa como pueblo de Dios enviado a colaborar en la transformación de la sociedad para que el Reino de Dios avance entre nosotros. El eco de *Lumen gentium* es muy perceptible en todo esto.

En una línea parecida se desarrollaron los dos sínodos: de 1971 (que trató la justicia en el mundo) y de 1974 (dedicado todo él a la evangelización). El primero de ellos se hace eco –en el documento que el mismo sínodo aprobó– del clamor de todos los que son víctimas de la injusticia y declara que el compromiso de transformar el mundo para hacerlo más justo es “una dimensión constitutiva” de la misión evangelizadora de la Iglesia. Nunca se había dicho una cosa así en un documento oficial de la Iglesia... Es una declaración que presupone la eclesiología que hizo suya el Concilio: la misión no es ya tarea casi exclusiva de los clérigos, sino compromiso de todos sus miembros, y en primer lugar de los laicos. El contacto directo con las situaciones de injusticia, vivido desde la fe, permite profundizar en el mensaje cristiano y descubrir lo que hoy nos está exigiendo. A los cristianos se les ofrece no solo una doctrina a aplicar, sino que se les invita a descubrir lo que Dios les pide a través de su experiencia de inserción en

la realidad. Es el Dios vivo que deja sentir su voz acompañando a la Iglesia peregrina.

De nuevo nos encontramos con vías inéditas que se abren. Hasta tal punto que Pablo VI no dejó de experimentar cierta inquietud por los pasos que en muchos sitios se estaban realizando. Así se explica su decisión, que no respondía a las demandas que el propio sínodo de 1971 había hecho, de dedicar la siguiente sesión sinodal a la *evangelización*, como queriendo recuperar el papel de esta para que no quedara diluida en el mero compromiso de transformación de la realidad. No era un problema teórico: estaba motivado por el deseo de salir al paso de situaciones complejas y hasta conflictivas en que se veían involucradas muchas iglesias y comunidades.

El nuevo sínodo no publicó ya un documento propio. Lo hizo Pablo VI un año después: la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*. Sirvió, no solo para precisar mejor las relaciones entre la evangelización y la promoción humana, sino para reafirmar que “evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda”, ya que “ella existe para evangelizar” (n. 14). Esta sola declaración reafirma la centralidad de la misión, que acoge también en su seno todos los temas propios de la DSI, durante un tiempo considerados como algo propio solo de algunos colectivos en la Iglesia. Es la Iglesia entera a la que evangeliza, y en ella cada uno lo hace en el lugar en que se mueve y en la forma más adecuada. La misión debe vivirse de forma personal, desde el discernimiento personal y comunitario, sin contentarse con normas universales ni con directrices recibidas.

2.5. Juan Pablo II (1978-2005)

El dilatado pontificado de Juan Pablo II responde ya a una situación eclesial distinta a la de Pablo VI: han pasado los fuertes impulsos para aplicar el Concilio, con aciertos, pero también con errores; se percibe un cierto cansancio o decepción que contrasta con el entusiasmo, quizá desmedido, de los primeros momentos. Y la figura del nuevo papa deja también su huella en cómo la Iglesia evoluciona. Karol Wojtyła llega desde el otro lado del telón de acero, desde un país donde fuertes contingentes de la Iglesia porfían por mantener su propia autonomía en un mundo —el comunista— que se rige por otras coordenadas. Persiste la visión de un mundo escindido en dos grandes sistemas de organización socioeconómica y política (democracias liberal-capitalistas frente a dictaduras colectivistas) Este escenario ayuda a comprender el pensamiento social del papa polaco, aunque vaya a verse profundamente conmovido por el derrumbamiento del régimen en los países colectivistas de Europa.

Los tres grandes documentos sociales de Juan Pablo II se sitúan en la primera mitad de su pontificado: encíclica sobre el trabajo humano (*Laborem exercens*, 1981), encíclica sobre el desarrollo de los pueblos (*Sollicitudo rei socialis*, 1987) y encíclica para conmemorar el centenario del primer gran documento social de la Iglesia (*Centesimus annus*, 1991).

Con *Laborem exercens* tenemos la impresión de revivir el escenario del conflicto capital-trabajo, base de la DSI de décadas anteriores, pero ahora vivido desde el mundo colectivista, en que Karol Wojtyła había crecido. Su principal aportación a la DSI consiste en colocar al trabajo como la clave fundamental para entender toda la proble-

mática social. No es sino otra forma de colocar a la persona humana en el centro. Es novedoso también en esta encíclica el considerar en el mismo nivel a los dos sistemas: ni capitalismo ni colectivismo han respetado adecuadamente esta prioridad de la persona (de la persona en cuanto trabajadora). Nunca hasta ahora se había procedido así: había dominado más bien una cierta preferencia por el modelo capitalista –sin que faltaran las críticas de él–. Ahora se piensa que ambos tienen que evolucionar por caminos que apuntan en la misma dirección: subordinar todo el funcionamiento del sistema social a la dignidad y a las necesidades de la persona humana. De nuevo aquí, aunque con matices diferenciadores, hay una consideración en paralelo de un sistema y otro.

Sollicitudo rei socialis retoma el tema de desarrollo de los pueblos que iniciara Pablo VI veinte años antes. La perspectiva del conflicto capitalismo-socialismo sigue siendo muy determinante en el pensamiento de Juan Pablo II. El mundo vive un escandaloso contraste entre el hiperdesarrollo del Norte y el subdesarrollo del Sur. El subdesarrollo del Sur es visto como el efecto del conflicto de los dos grandes bloques que se enfrentan en el Norte y que, en su afán de consolidar su posición, buscan por todos los medios incorporar al propio bloque los países más atrasados del planeta.

Juan Pablo II profundiza en el concepto ético y teológico del desarrollo, y distingue bien estos dos niveles de reflexión. *Éticamente*, el desarrollo hay que verlo en la prioridad del *ser* sobre el *tener*: desgraciadamente, en un mundo donde abundan los medios como nunca hasta entonces, el afán de acumular y poseer se convierte en un obstáculo para el ser. *Teológicamente*, el desarrollo hay que verlo como la responsabilidad del ser humano de continuar la obra de la creación y llevarla a su plenitud en Cristo.

Pero la encíclica sobre el desarrollo de Juan Pablo II ha pasado a la posteridad sobre todo por su recurso a la *solidaridad*. La solidaridad es la respuesta adecuada, ética y cristiana a la vez, a la creciente interdependencia de nuestro mundo (la categoría de *globalización* está aquí ya presente, aunque el término todavía no se use). Como tal respuesta, la solidaridad consiste en que todos nos hagamos responsables de todos, superando la tendencia a ocuparnos solo de nuestros intereses particulares, por muy legítimos que estos puedan ser.

A Juan Pablo II le tocó, por fin, conmemorar el centenario de *Rerum novarum*. Pero la efeméride casi coincidió en el tiempo con la caída del muro de Berlín y el desmoronamiento de casi todos los regímenes colectivistas de Europa. El tema tuvo que ser incorporado a esta tercera encíclica social del papa Wojtyła. Diez años después de la encíclica sobre el trabajo, Juan Pablo II es mucho más crítico con el colectivismo y la ideología que lo inspiró: ya no encuentra nada que salvar en él, porque su visión del ser humano, reducido a una pieza del engranaje social y carente de toda autonomía, solo podía acabar en un modelo de sociedad a la larga inviable. La historia estaba ahí para demostrarlo.

Por esto no significa que Juan Pablo II en *Centesimus annus* se echara en brazos del capitalismo. El hundimiento del colectivismo no podía interpretarse como la victoria definitiva de aquel. ¿Cuál es, entonces, la alternativa? Para responder a esta pregunta el texto hace una consideración conjunta del sistema capitalista en su triple dimensión: económica, política e ideológica. Es un enfoque nuevo, que abre a una visión más holística del sistema de organización de la sociedad. Si centramos la atención *en lo económico*, lo cuestionable no es el mercado en sí sino el permitir que este funcione sin estar

encuadrado en un contexto jurídico que lo ponga al servicio del ser humano en toda su integridad. Es una crítica a la absoluta libertad de mercado. Si nos fijamos *en lo político*, el problema no está en la democracia, sino en que esta quede en manos del juego de las mayorías parlamentarias para decidir. Es una crítica a una libertad que no reconoce instancia alguna por encima de ella para definir lo que hay que hacer. El problema, por tanto, no está ni en el mercado ni en la democracia, sino *en la ideología* que inspira a ambas: una ideología donde la libertad es la última referencia, que no queda sometida a ninguna instancia superior. Juan Pablo II reafirma una posición antiliberal, cuando ya no hay peligro de recaer en el marxismo.

2.6. *Benedicto XVI (2005-2013)*

En todos los papas cuyo magisterio hemos recorrido se deja sentir la propia personalidad de cada uno de ellos y las circunstancias en que su vida se desarrolló. Esto es más claro aún en la única encíclica social que nos dejó el papa Ratzinger: *Caritas in veritate* (2009).

Anunciada para conmemorar los 40 años de *Populorum progressio*, se decidió después retrasar su publicación con la intención de incluir en ella algunas reflexiones sobre la crisis económica mundial que conmocionó al mundo: estalló en 2007- 2008 en el terreno financiero, pero terminó afectando a toda la economía y a la sociedad. El anuncio de la encíclica pontificia alimentó muchas expectativas. El texto que finalmente firmó Benedicto XVI causó una cierta decepción. Quizá porque se leyó más desde las expectativas de otros que desde la intención de su autor.

Y aquí entra en juego la personalidad de Joseph Ratzinger y su enorme calidad como teólogo. El tema de la encíclica se enuncia así: “Sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad”. En sus páginas son muchas las cuestiones que se abordan, pero se tiene la impresión de que su autor no quiere agotar ninguna de ellas porque su intención es otra: situarlas todas en la perspectiva adecuada, que no es sino la teológica. El Papa-teólogo pretende encuadrar toda la reflexión sobre el desarrollo en una adecuada concepción de Dios (*teo-logía*) de la que deriva una visión del hombre (*antropo-logía*). La tarea de la caridad (*caritas*) solo se realiza adecuadamente cuando se hace en el marco de la verdad (*in veritate*), de la verdad sobre Dios y sobre el hombre. Culmina así la tendencia que hemos venido observando en la DSI de progresar en su contenido e inspiración teológica, no limitándose a una reflexión de ética natural y ni siquiera de moral cristiana. O dicho con otras palabras: descubriendo que la moral cristiana no es más que una consecuencia de la visión cristiana de Dios y del hombre. Es una perspectiva novedosa y enriquecedora.

La visión de Dios que propone la encíclica se articula en una doble coordenada: Dios es amor, Dios es Trinidad. Cuando a Dios se le vive así, la persona humana se descubre como abierta al amor, a un amor gratuito (la lógica del don, distinta de la lógica mercantilista, del *do ut des*), y llamada a vivir en relación con otros. El desarrollo humano integral, que es el tema de la encíclica, debe buscar horizontes para que las personas puedan hacer realidad la *gratuidad* y la *solidaridad* con los hermanos. No puede negarse –al margen de otras expectativas– que este modo de tratar las cuestiones sociales cons-

tituye una novedad radical en la DSI, no tanto en el contenido de los distintos temas vinculados, en este caso, al desarrollo cuanto en la perspectiva (teológica) desde la que todos ellos deben ser abordados por los cristianos. Descubrimos así lo específicamente propio de la contribución de la Iglesia a los grandes problemas de nuestro mundo.

2.7. *Francisco (2013-...)*

Si el marco vital de cada papa ayuda a comprender su pensamiento y sus líneas de acción, en Francisco esto resulta especialmente evidente. Es el primer papa jesuita y el primer papa latinoamericano. Lo primero queda reflejado en su recurso continuo a la espiritualidad ignaciana, que deja un sello especial en su doctrina. Lo segundo se manifiesta en su sensibilidad hacia los problemas sociales vistos desde la perspectiva del Sur. Por otra parte, su pensamiento teológico y antropológico está más en sintonía de lo que se pudiera esperar con su predecesor, a pesar de la diferente personalidad de ambos. Si Ratzinger es el “papa-teólogo”, Bergoglio es el “papa-pastoral”. Y este rasgo dominante en él inspira también su pensamiento social.

En efecto, sus documentos combinan con frecuencia la reflexión doctrinal con la interpelación personal. No le basta con exponer doctrina si el destinatario de sus textos no se siente personalmente implicado por ella. No pretende solo instruirlo, desea motivarlo. Esto se traduce en el uso frecuente de la segunda persona, distinto del estilo más frío e impersonal, propio de textos doctrinales. No son pocos los documentos que terminan con un capítulo sobre la espiritualidad, como queriendo indicar que nada de lo que precede es aplicable si no se dan ciertas condiciones y actitudes en el lector.

Aunque no es un documento social, no es posible comprender a Francisco sin detenerse en su exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (2013). Un texto que era en principio la conclusión de un sínodo que él no había convocado se convierte en todo un programa del pontificado que está iniciando. Su mensaje central queda plasmado en aquella expresión, que luego ha repetido tantas veces: “una Iglesia en salida”. Es otra forma de expresar la dimensión misionera de la Iglesia (no puede ignorarse la sintonía de esta exhortación, incluso en el título, con *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI). No quiere Francisco una Iglesia cerrada sobre sí misma, no ya a la defensiva, pero ni siquiera centrada en el cuidado de sus miembros. Quiere una Iglesia que tome la iniciativa y salga al encuentro de los que no están en ella (que *primeree*, un neologismo que puso en circulación).

Y en esta tarea evangelizadora de la Iglesia la dimensión social no puede faltar sin desfigurar el sentido auténtico e integral de la misión. Francisco es amigo de las contraposiciones. Recurre a ellas cuando propone que en un mundo que *excluye* la Iglesia tiene la misión de *incluir*. La denuncia de la *exclusión* de los más débiles y el análisis de los mecanismos que actúan son objeto recurrente en sus textos. Como respuesta, la Iglesia ha de hacer de la *inclusión* social de los pobres parte integrante de su misión.

La preocupación por los desheredados de este mundo marca, no solo su pensamiento, sino ante todo su acción. Francisco es un papa que comunica más con sus gestos que con sus palabras. Los criterios para seleccionar sus viajes o sus encuentros con colectivos marginados son signos que no dejan indiferentes. Y el nombre que escogió

como papa quiere reflejar también esta doble preocupación que marcará la vida y la espiritualidad de Francisco de Asís: la atención hacia la creación de Dios y hacia los más pobres y abandonados. Sus dos encíclicas sociales encuentran ahí una clara inspiración.

Laudato si' (2015), su encíclica “sobre el cuidado de la casa común”, fue el primer documento de la DSI sobre la ecología. La mejor expresión de su mensaje está en dos términos: *ecología integral* y *casa común*. Para Francisco la crisis social de un mundo que excluye tiene la misma raíz que la crisis medioambiental que destruye al entorno natural. Esa raíz es lo que él identifica como *antropocentrismo desviado*: si el *antropocentrismo* es una conquista de la modernidad, este *se desvía* cuando el sujeto humano se convierte en el último referente al servicio del cual a de estar todo lo demás, tanto los otros como el medio ambiente. La expresión *casa común* es una forma distinta de contemplar todo lo que nos rodea: no como un conjunto de realidades a dominar sin más razón de ser que estar al servicio del sujeto y sus intereses, sino como el *hogar* en que todos nos encontramos, don de Dios puesto en nuestras manos para que cuidemos de él responsablemente.

Su segunda encíclica social, *Fratelli tutti* (2020), puede leerse en continuidad con la primera. También aquí el recurso a las contraposiciones se usa para dar fuerza al mensaje: en un *mundo cerrado* cada vez más hay que pensar y gestar un *mundo abierto*. Vivir como hermanos implica abrirse a los otros, no solo a los cercanos, sino a todos, rompiendo todas las barreras. La parábola del buen samaritano es utilizada como una imagen evangélica que refuerza la igualdad de todos los seres humanos, una igualdad que no basta con afirmarla porque hay que construirla cada día. La encíclica es una invitación a buscar fórmulas para construir la fraternidad en todos los niveles de la convivencia humana.

Podemos concluir mencionando tres palabras que serían como las coordenadas del papa Francisco: *proceso*, *discernimiento*, *sinodalidad*. Francisco tiene una visión dinámica de la realidad, también de la Iglesia, que concreta en esa estrategia que tanto ha repetido: iniciar *procesos*, no ocupar espacios. Quiere promover una Iglesia de personas adultas y responsables, abiertas al contacto con Dios y no reducidas a reproducir un estándar de santidad marcado por un conjunto de normas inflexibles: el *discernimiento* es el instrumento para encontrar la voluntad de Dios para cada uno, más allá de las normas universales, que son incapaces de contemplar la complejidad de las situaciones humanas. Personas adultas y responsables que vivan su fe comunitariamente en la Iglesia, no como individuos aislados; y que la vivan como comunidad peregrina, en camino, en proceso. *Sinodalidad* no se refiere solo a un acontecimiento (el sínodo), sino a una manera de ser Iglesia. Así se constituye el sujeto de la DSI, la cual no puede reducirse a doctrina: tiene que ser vida de una Iglesia siempre en salida.

3. Una reflexión final para seguir avanzando

Hemos recorrido 70 años de desarrollo de la DSI. Visto en conjunto, las cosas han evolucionado no poco. El mundo de hoy es distinto al de 1954. Hay problemas que persisten, aunque probablemente con perfiles diferentes, pero otros son nuevos. Y también ha cambiado la manera como la Iglesia se sitúa ante ellos, lo que ha supuesto

un esfuerzo por asumir con todas sus consecuencias que la historia no tiene vuelta atrás y que no podemos correr el riesgo de perder el tren y quedarnos en tierra.

Cuando se observa a la Iglesia de hoy, uno se pregunta si hemos superado siempre la tentación de seguir anclados en la tradición (una tradición que tiene más de lastre que de fuente de enriquecimiento), si no están apareciendo (o reapareciendo) actitudes y manifestaciones que recuerdan más al pasado que a los esfuerzos realizados para reubicarse en una nueva realidad sin perder la identidad ni el sentido de la misión. Evolución en los planteamientos ha habido, sin duda. No es tan evidente que estos avances hayan calado en todos los ambientes. Ahí queda abierta la cuestión como reto final de esta síntesis panorámica de 70 años de historia.